

Fragmento

¡Hala Madrid! Sobran los motivos

Tomás Roncero



Sobran los motivos

TOMÁS RONCERO

# ¡HALA MADRID!

*Sobran los motivos*

Con la colaboración de Luis Conde-Salazar

EDITORIAL PLANETA

*Dedicado a mis padres, Félix y Amparo;  
a mis hermanas, Amparo y Rosalina;  
a mi mujer, Lucía,  
y a mi adorado hijo, Marcos Santiago,  
socio del Real Madrid desde el día de su nacimiento,  
el 2 de octubre de 2002, año de la Novena*

## INTRODUCCIÓN

# Esto no es una biografía

Ésta es la pequeña historia de una gran pasión. Pero no una biografía. O, al menos, no una biografía en el sentido estricto e incluso podríamos decir formal, o académico, del término. Es más bien un libro emocional, sentimental, sobre la filia de un individuo hacia unos colores, a un escudo, a una bandera, envuelto en un poco de la historia del Real Madrid, la del considerado mejor club de fútbol del siglo xx y, por lo tanto, de todos los tiempos, aunque a muchos les pueda doler esta afirmación. Un equipo que levanta y mueve pasiones hasta puntos en muchos casos inconcebibles.

Se ha respetado un cierto criterio inductivo a partir de los datos aportados por el sujeto cuyas experiencias personales o profesionales (o ambas cosas, casi siempre ambas cosas) llenan las páginas de este libro, en general palabras habladas, transcritas y reordenadas. Pero la parte deductiva, la que afecta a las otras experiencias humanas que podrían ayudar a comprender mejor al individuo retratado, ha sido en buena medida obviada. Aquí todo es fútbol o todo tiene que ver con ello. De una forma u otra cada situación empieza, transcurre o acaba con un balón, seis palos y dos redes.

Tomás Roncero nació en 1965 en un pueblo de La Mancha Húmeda, Villarrubia de los Ojos, en las lindes de las Tablas de Daimiel, en la provincia de Ciudad Real, situada en la por entonces llamada Castilla la Vieja. Una localidad que tiempo ha perdido su segundo apellido, «del Guadiana». Allí también nació su padre, Félix, sacrificado chófer durante muchos años y «culpable» de haber inoculado en su único hijo varón (las «niñas», Amparo y Rosalina, se quejaban a menudo del trato de favor hacia el muchacho, a quien veían como un «mimado», asunto que el propio Roncero no desmiente en absoluto) el virus del fútbol en general y del Real Madrid en particular. Tomás, a quien sus allegados llaman Tomy (lo que podría dar a entender que es un tipo pequeño, pero nada de eso, más bien lo contrario), no es exactamente Roncero. Su primer apellido real es Gómez-Díaz (así, compuesto), pero cuando empezó en el periodismo decidió que Roncero era más «artístico», para disgusto inicial de su padre —que con el tiempo llegó a comprender que tal vez era mejor así— y alegría y orgullo de su madre, Amparo, nacida en Herencia, también en Ciudad Real.

En 1965, cuando Roncero asomó al mundo, el Real Madrid se disputaba la soberanía del fútbol nacional con el Atlético de Madrid. De hecho, aquel año los blancos ganaron la Liga y los rojiblancos la Copa. Al siguiente, en 1966, cuando el Atleti ganó la Liga, el Real Madrid —que quedó segundo en el campeonato nacional— se trajo para casa desde Bruselas la que sería su sexta Copa de Europa, con aquel conjunto completamente renovado que recibiría el

apodo de «el Madrid de los ye-yés», un grupo entrenado por Miguel Muñoz y en cuyas filas militaban Araquistáin, Pachín, De Felipe, Sanchís, Pirri, Zoco, Betancort, Serena, Amancio, Grosso, Velázquez o Gento. El recuerdo y la añoranza de esas Copas de Europa acompañaron a Tomás desde muy pequeño, cuando su padre le contaba las hazañas de aquellos guerreros que salían a ganar siempre como si les fuera la vida en ello.

La familia se trasladó a Madrid a principios de los 70, a Carabanchel, zona atlética por excelencia y por cercanía al estadio colchonero del Manzanares. Pero a pesar de ese hándicap (para un madridista, claro), Roncero siguió fiel a sus gustos, en cierto sentido por una mezcla de cabezonería, perseverancia y optimismo recalcitrante.

En las largas horas de charlas que mantuvimos fui descubriendo, o entreviendo, mejor dicho, al Tomás que hay detrás de la fachada, de la máscara que todos llevamos para convertirnos en «personas». Ese Tomás es un tipo afable, cariñoso, que nunca huye de nadie, con un punto de mala leche aconsejable, cargado de una sosegada hiperactividad, inquieto pero tranquilo... Pero, sobre todo, es un tipo con suerte. Alguien que ha conseguido hacer de su pasión un oficio, una forma de vivir a medio camino entre el *hooligan* que tal vez le gustaría ser y el periodista que le contiene. Un jovencito de cuarenta y largos fiel a su personalidad, forjada en torno al fútbol, huidizo de las políticas y entregado a la gente más sencilla, la que conforma el núcleo de sus adoradas peñas madridistas. Alguien que no tiene reparos en contar anécdotas y sucesos de su vida que a otros les podrían llegar a avergonzar o, por lo menos, sonrojar. Un profesional de eso del vivir absolutamente sincero, guste o no, que

guarda en su cabeza fechas, lugares y nombres con una asombrosa exactitud. Un hombretón al que aún se le humedecen los ojos cuando recuerda a aquel «siete» maravilloso, Juan Gómez, *Juanito*. Su Juanito. O al que le cambia el semblante hacia la seriedad cuando la conversación gira en torno a otro de sus grandes ídolos, el visionario Santiago Bernabéu. Sencillo en el vestir, amante del comer y cervecero contenido (a veces «sin», a veces «con»), Roncero inunda su verbo fluido e implacable con expresiones como «mitología», «liturgia», «enajenación» o «éxtasis», bien sabremos por qué. Un sujeto que nunca se guarda una palabra de elogio y cariño hacia los grandes baluartes de su existencia: sus padres, sus hermanas, su mujer y su hijo.

LUIS CONDE-SALAZAR

## CAPÍTULO 1

# En un lugar de La Mancha, en un lugar de Carabanchel

Casa Juan es un restaurante madrileño de los pertenecientes al «circuitito futbolero» sobre todo madridista, junto con Txistu, El Asador Donostiarra, De María... Todos ellos cercanos, o por lo menos no muy lejanos, al Santiago Bernabéu. Esta casa, concretamente, se halla a dos pasos de la Plaza de Castilla, a otros dos de la castiza calle de Bravo Murillo, detrás de los Juzgados que asoman al Paseo de la Castellana, frente a la sala de exposiciones del Canal de Isabel II. Pero además de un restaurante especializado en carnes y pescados de primera, es también un templo en diferentes niveles, con escaleras que suben y bajan a «capillas» abigarradas y sacristías de cuyas paredes cuelgan, a modo de exvotos balompédicos, marcos con fotografías, dibujos y objetos de toda laya relacionados, en su mayoría, con el Real Madrid. Es un lugar frecuentado por periodistas, futbolistas, por los que lo fueron, y por técnicos y directivos de la Casa Blanca, no de la de Washington, claro, sino la de la Plaza de Cuzco, donde se erige lo que Tomás Roncero llama «el santuario del fútbol». Qué mejor lugar para comenzar estas «conversaciones a dos carrillos» que aquel que visitan los peñistas «con posibles» que vienen a los partidos a Madrid, los madridistas capitalinos por nacimiento o residencia —Madrid, como diría el cineasta Roberto Rossellini de Roma, sigue siendo *città aperta*, ciudad abierta—, y en donde los días posteriores a cualquier partido del equipo blanco es difícil encontrar mesa, entre



tanto tertuliano, tanto aficionado, tanto devoto. Hemos quedado a las dos y media y ambos llegamos casi a la vez porque, muy españoles nosotros en ese sentido, lo hacemos tarde. Es invierno y hace un frío soportable, así que nos quitamos los abrigos y se los entregamos a una amable y espigada camarera eslava con más tablas que la serre-ría de Ikea, y que me dice: «Para don Tomás, siempre el número 13 del guardarropa. Le gusta.»

Nos sentamos y llega Juan, alma máter del lugar, que se dirige a Roncero para recordarle que él es, «después de tu mujer, quien mejor te cuida». No cabe duda, porque al poco empiezan a llegar platos y, a pesar de que a ambos nos gusta darle a la pitanza, hay que poner freno a aquello como sea, ya que si no la tarde puede resultar muy dura.

El día anterior el Real Madrid ha caído eliminado en cuartos de final de la Copa del Rey tras empatar (2-2) con el Barcelona en el Camp Nou. En el encuentro de ida, el equipo blanco había perdido en el Santiago Bernabéu (1-2), después de un más que controvertido planteamiento ultradefensivo de Mourinho. El comentario general gira en torno al pésimo arbitraje de Teixeira Vitienes, en esta ocasión más que justificado. Roncero, tranquilo y sin ofuscarse, defiende la idea de que la eliminatoria se perdió en «casa». «Un equipo como el Madrid no puede salir a jugar así: tiene que salir a ganar, al ataque. Y si se gana, bien. Si se pierde, pues oye, hemos jugado y todos tan contentos...» El colegiado se ha comido tres penaltis a favor del Madrid y eso le refuerza todavía más la teoría del «villarato». Cae la primera pregunta. Obligada:

¿Cuándo eres consciente por primera vez de que eres madridista?

Yo recuerdo cuando era un crío. Tendría como mucho siete añitos. Me acuerdo de que estaba viendo en un programa de televisión en blanco y negro, que debía de ser «Estu-

dio Estadio» [lo compruebo, efectivamente, y descubro que lo presentaba por entonces un jovencísimo Pedro Ruiz], un resumen de un partido en el campo del Betis, que creo recordar que empataron a dos y en el que el Real Madrid marcó el gol de la igualdad casi al final del partido con un cabezazo heroico de Pirri [podría aplicarse aquí eso de que fue un gol «pírrico», aunque la expresión de «victoria pírrica» no proceda de Pirri, sino de Pirro, rey de Epiro, que venció a las todopoderosas legiones romanas a costa, eso sí, de un altísimo coste en vidas humanas, lo cual le llevó a decir aquello de: «Otra victoria como ésta y volveré a casa solo»], tirándose de cabeza en plancha en el segundo palo. Entonces le dije a mi padre: «Qué valiente es este Pirri, y el Madrid hasta el final ha intentado ganar el partido...» Mi padre me respondió, así, rotundo, muy castellano: «El Madrid es el único equipo del mundo al que hasta el último minuto no le puedes dar por derrotado. Porque siempre, siempre va a luchar. Nunca se rinde.» A mí me sonaba, siendo muy niño, como a un héroe de cómic, como un Capitán Trueno, es decir, alguien que es un héroe pero que juega al fútbol. Entonces empecé a identificar el Madrid como un equipo de guerreros que siempre lucha en cualquier condición, incluso cuando está en inferioridad, pero siempre creen que pueden ganar. Que nunca se esconderían o huirían del campo de batalla. Identifiqué al Madrid con la grandeza de espíritu, de carácter, no tanto con la belleza del juego o no juego. Y luego lo comprobabas por los resultados, que siempre estaba ahí. Mira que pillé un Madrid que no era precisamente el de las Copas de Europa. Pero ése si es mi primer recuerdo identificado como madridista.

En aquella época, las temporadas 1971-1973, entrenaba al equipo blanco Miguel Muñoz (1922-1990), uno de los estandartes del madridismo, el primer capitán que levantó una Copa de Europa y, en su momento, el único que logró la competición como jugador (1956, 1957 y 1958) y luego como entrenador (1960 y 1966). Ni que decir tiene que el presidente del club era Santiago Bernabéu. Santillana acababa de aterrizar en Madrid procedente del Racing de Santander y Gento ya se estaba despidiendo. La portería la ocupaba García Remón, con Miguel Ángel de suplente, y la chicha blanca pasaba por las botas de Velázquez, Zoco, Benito, Grosso, Amancio, Marañón y, por supuesto, el ceutí Pirri, el jugador que hizo que Tomás Roncero lo viera claro o, mejor dicho, blanco. Imagen de la fuerza, el pundonor y la garra, sin olvidar su talentosa calidad, el polivalente José Martínez Sánchez (que podía jugar en el centro del campo, en la defensa o improvisar como delantero) vistió la camiseta del Madrid en 417 ocasiones, ganó una Copa de Europa, diez Ligas y cuatro Copas (tres del Generalísimo y una del Rey), además de ser el primer jugador que recibió la más alta condecoración «merengue», la Laureada. A Roncero ahora le quedaba verlo en vivo, en el campo.

Mi desvirgamiento en el Bernabéu tuvo lugar en noviembre de 1973. Mi padre me llevó a ver un Real Madrid-Las Palmas. El Bernabéu impresiona. La primera vez en el Bernabéu te deja marcado. Parecía que había entrado en el paraíso. La Unión Deportiva Las Palmas tenía un quipo con mucha clase. El portero era Daniel Carnevali y recuerdo que jugaban Pepe Juan, Germán, Tonono... Por entonces el Madrid era un equipo de lucha: el lateral derecho era Pepe Goles, nombre de guerra de José Luis Peinado, y Santillana e Ico Aguilar arriba... Pero estaba bien porque era el primer año que jugaban extranjeros. Se había abierto la

veda. Fíjate la diferencia que el Barça había fichado a Johan Cruyff [quien, por cierto, estuvo a punto de fichar por el Madrid en el verano de 1973, una operación que no llegó a concretarse debido a las altas exigencias económicas del más tarde conocido como el «holandés volador»] y el Madrid a Günter Netzer, un alemán con mucha clase pero ya veterano. Y a *Pinino* Mas [Óscar Mas, que sería máximo goleador madridista de la Liga 1973-1974, con 11 tantos], que me hacía mucha gracia por el apodo, Pinino, un argentino que lo que tenía era que pegaba unas voleas con la zurda brutales. No sabía hacer mucho más ¡pero pegaba unas voleas...! Aquel día vi a Pinino meter dos goles, los dos de volea, otros dos a Pirri (por eso mi héroe se fue consumando en carne y hueso) y otro de Aguilar. Ganó el Madrid 5-0. Fue un partidazo del Madrid de esos de aplastamiento. Nunca olvidaré la primera entrada a las gradas, esas gradas antiguas con los cuartos de baño vetustos, el «runrún» del Bernabéu... Y ya entré y me parecía todo como fascinante, me parecía un monumento, una cosa grandiosa con los señores mayores con el traje, el sombrero y el carajillo de Soberano, casi todos con un puro espectacular. Entonces entramos en la grada lateral que era la preferencia que da a la Castellana [entonces Avenida del Generalísimo], donde nos sentamos. Mi padre consiguió dos entradas y me dice antes de empezar el partido: «Mira, mira, ahí está...» Había escuchado que Santiago Bernabéu era una especie de divinidad del fútbol. Y me llamaba la atención que un tío, sin ser jugador, fuera tan famoso. Y vi aparecer en el palco a un señor enorme. Grande, grande que me recordaba a mi abuelo Fernando. Voy a contar una cosa de mi abuelo: también tuve un momento que podría haber tenido un problema porque mi abuelo

Fernando, el padre de mi madre, «el gran patriarca» como le llamo yo, un señor de 130 kilos, con su perro y su bastón, era un hincha furibundo del Athletic de Bilbao, pero no con las connotaciones que puede haber ahora. Era un hombre conservador de ideas, de derechas, y él siempre decía: «Nieto, tú tienes que ser del Athletic de Bilbao. Un equipo con once españoles y que tienen un par de pelotas. Y añadía: no como esos señoritos del Madrid, que se creen que han inventado esto. Aunque sólo hay una excepción: Pirri. Ése es un caballero.» Entonces, curiosamente, mi abuelo, sin darse cuenta, con Pirri me fue fortaleciendo esa mitología inicial que yo tuve hacia él, porque si hasta mi abuelo, que daba caña al Madrid, me habla bien de Pirri, definitivamente es que este Pirri es el *number one*. Por supuesto, no le hice caso al abuelo. Aunque mi madre me decía siempre: «No le llesves la contraria, tú dile que sí y ya está...» Porque tenía mucho carácter. Mi abuelo murió en 1978, el mismo año que Santiago Bernabéu, y nunca acabó de enterarse bien de que yo era muy, muy del Madrid. Porque yo con él disimulaba un poquito para evitar darle un disgusto.

El distrito madrileño de Carabanchel es una sinfonía castiza y popular compuesta por los barrios de Comillas, Opañel, San Isidro, Vista Alegre, Puerta Bonita, Buenavista y Abrantes. Un distrito, el segundo con mayor población de la capital, después de Vallecas, que nació tras la fusión de los «carabancheles», municipios entonces apellidados respectivamente «Alto» y «Bajo», que quedaron fusionados en uno, allá por 1948, y fusionados al núcleo de la urbe, con el fin de crear una ciudad grande en extensión y población que pudiera competir con otras capitales europeas como París, Londres o Roma, y englobado en eso que se llamó el proyecto «Gran Madrid». Caraban-

chel se convertía en una zona muy extensa que luego vio mermado su territorio, en 1975, cuando tuvo lugar la reestructuración de los distritos de Madrid. A partir de ese momento se quedó sin La Latina o Usera. Pero en los años 60 el distrito se convirtió en uno de los llamados «de absorción», según la terminología de la época, que dio cobijo a inmigrantes rurales que llegaban de todas partes, pero en especial de Andalucía, Extremadura, y por supuesto, de La Mancha. Hasta que todas esas modificaciones tuvieron lugar los «carabancheles» eran tierras de labor destinadas, en especial, al cultivo del garbanzo, leguminosa esencial en la elaboración del más típico, respetable y respetado plato de la gastronomía madrileña, el cocido, a la sazón también figura litúrgica del madridismo, del de entonces, del de hoy y, seguramente, del de mañana. A pesar de que la etimología más exacta nos remite a que el nombre de Carabanchel tiene que ver con la expresión árabe «tierra pedregosa» (por otra parte, la mejor para el cultivo de esta legumbre), hay quienes siguen afirmando que «Carabanchel» procede de «garbanzal», y aunque no es verdad, no importa pensar que pudiera serlo. En el teatro romano clásico se representaban, a modo de entretenimiento, una especie de entremeses cómicos representados por un personaje, generalmente un hispano, llamado «Pulafagonides», «El comedor de garbanzos», con el que los romanos se burlaban de un pueblo tosco, valiente y orgulloso, el único capaz de comerse esos «indigeribles» frutos de la tierra. Lo curioso es que, mientras que el garbanzo sigue siendo un elemento fundamental en la cocina mediterránea, los platos sofisticados romanos, como el *Garum* (una maceración en aceite, vinagre y especias de ciertas carnes, algo parecido a un escabeche, y que alcanzaba su máxima expresión culinaria con el elaborado ia base de tripas de pescado!), hayan sucumbido ante el avance de los tiempos. Garbanzos, inmigración, comercio, espíritu irreductible, valentía y una gracia especial han marcado el carácter, generación tras generación, de los carabancheleros,

entre los que está Tomás Roncero, como también la genial pareja de humoristas Faemino y Cansado, el irreverente cineasta Santiago Segura, el «gomaespumino» Juan Luis Cano (pareja de no hecho de Guillermo Fesser en el dúo cómico Gomaespuma), el estandarte del rock madrileño Rosendo Mercado, los actores Daniel Guzmán, Nanchito Novo o Achero Mañas, la banda de hip hop La Excepción o el líder sindicalista Marcelino Camacho, entre otros. Pero también es, o mejor dicho era «territorio comanche», zona atlética, porque no hay que olvidar que allí, en una de las orillas del río, está el otro templo futbolístico madrileño, el estadio de Manzanares, el Vicente Calderón.

Por si había alguna duda, aquel partido del Real Madrid con la Unión Deportiva Las Palmas me marcó. Es curioso porque yo vivía en Carabanchel, en la calle Camino Viejo de Leganés. Mis padres se fueron del pueblo porque mi madre, que es de Herencia, un pueblo a 13 kilómetros de Alcázar de San Juan, tenía inquietud porque sus hijos estudiaran en Madrid, una decisión que siempre le agradeceré. Mi padre es de Villarrubia de los Ojos, localidad también de Ciudad Real. Ahí nació yo y mis dos hermanas mayores, también. Toda la familia de mi madre decidió quedarse en el pueblo. Tenían buenas casas porque mi abuelo era de los de poderío económico. En Carabanchel vivía cerca de donde está el campo de la Colonia Velázquez y el antiguo campo del Puerta Bonita, y en ese Camino Viejo de Leganés hemos vivido desde la década de 1960. Estábamos muy cerca de la zona del Atlético de Madrid. Entonces el Atleti le discutía la supremacía al Madrid, por encima del Barça. Lo más lógico y lo más fácil hubiera sido que fuera del Atleti porque estaba muy cerca del campo. Y yo, sin embargo, como aquello me marcó tanto, le dije a mi madre que quería ser del Madrid.

Tuve la suerte de que mi padre era del Madrid porque había visto todas las Copas de Europa. Todas. Cada vez que había un partido de Copa de Europa en el Bernabéu, él iba a verlo. Es un privilegiado porque me contaba lo que era Di Stéfano, lo que era Gento, cómo le pegaba en los penaltis Puskas. Él me ayudó mucho a dibujar la leyenda y a no dejarme llevar, por estar en el barrio, a ser del Atleti, que hubiera sido lo fácil. Entonces, en esos años, descubrí el Madrid de las Copas de Europa. Ya sabía que había ganado seis, pero empezaron a pasar los años y me impacientaba. Recuerdo el año del Bayern de Múnich, en 1976, cuando «El loco del Bernabéu» pegó al árbitro Linemayer. [También se le conoció como «El loco de Chamartín», un hincha iracundo que saltó al terreno de juego y agredió al colegiado austríaco, quien había ignorado un claro penalti a Santillana. Aquello le valió al Madrid una dura sanción de la UEFA, la exclusión durante una temporada de todas las competiciones europeas, la suspensión de un partido para Amancio y una multa de 28.000 pesetas. La eficaz intervención del directivo Raimundo Saporita ante el Comité de Apelación redujo la sanción a un «exilio» de tres partidos en campos alejados en un radio de 200 kilómetros del Bernabéu.] El Madrid había llegado hasta semifinales de esa Copa de Europa. Recuerdo que en el partido de vuelta expulsaron a Amancio. Eso para mí fue una afrenta porque él era otro de mis héroes. Amancio fue otro de los que me ayudó a ser muy del Madrid porque fue el primer jugador que yo vi artístico. Amancio hacía lo que se llamaba «caracolear». Descubrí, porque me lo contó mi padre, que en sus primeros tiempos era una figura que corría en vertical, como hacen ahora Messi o Cristiano, y que se llevaba por delante regateando a quien quisiera. Pero el Amancio que yo



conocí estaba ya en sus años de decadencia y, entonces, recuerdo que, siempre por la banda derecha, empezaba a caracolear y muchas veces dejaba sentados a los rivales simplemente por quiebros de cintura. No era tanto de velocidad, sino de habilidad. Era un tío habilidosísimo. Tenía unos recursos maravillosos para zafarse del rival. También me entusiasmó Santillana, que era tosco, pero me parecía increíble cómo se suspendía en el aire para rematar de cabeza. No acababa de entender cómo se podía rematar de cabeza así. Iban pasando los años y yo veía que el Madrid ganaba las ligas con una facilidad admirable...

Siempre tuve mucha cultura del Madrid siendo un niño. Mi padre no siempre tenía posibilidad de conseguirme entrada y además vivíamos en la otra punta de la ciudad, que no es como ahora, que tú llegas y tardas veinte minutos en cruzar Madrid de punta a punta. En aquel momento tenías que coger el P-18, que era un autobús medio destartado, que te llevaba hasta la Glorieta de Embajadores y luego, allí, el 27, que era el famoso aquel que eran realmente dos autobuses unidos por el centro por una especie de acordeón, que bailaba en las curvas y que siempre iba lleno. Entre unas cosas y otras se tardaba dos horas en llegar de mi casa al Bernabéu, y el problema es que luego había que volver, de noche, y claro, era complicado. Pero aun así mi padre siempre me intentaba conseguir entradas infantiles.

## **Días de radio**

Yo tenía a mis amigos en Carabanchel hasta los 14 años, que era como todos sabemos una zona conflictiva, un barrio, con

nivel económico medio y algo de delincuencia. Ya los chavales de la pandilla, los más espabilados, cuando llegaba el camión de los refrescos cogían una caja y salían corriendo. Había unos petardos de la época que costaban 7 pesetas, que tenían el tamaño de un cartucho de dinamita y, si veían a una señora despistada sentada en un banco del Parque Sur, le quitaban un zapato, salían corriendo y luego le ponían el petardo al zapato y quedaba destrozado. Cosas con las que me sentía raro porque yo no entendía esos comportamientos. Mi única picardía era para el fútbol. Renuncié a los amigos de la infancia y me refugié en el fútbol más que nunca. Casi empecé a dejar de salir. Mis padres alucinaban porque me veían como un obseso, en general, por los deportes. Me compraba el *As* color y, cuando podía, los lunes por la tarde el *As* normal para ver los resultados y tal... Pero es que me acuerdo de que el diario *Pueblo* hacía una planilla que salía los domingos, que te ponía la jornada, cada partido y luego minuto 5, minuto 10, la variación del marcador y al final aparecía: goleadores, tarjetas, asistencia al estadio. Era una planilla que si la rellenabas se convertía en una absoluta guía de la jornada. Eso lo aprendí de mi abuelo Fernando, «el patriarca», porque él la rellenaba. Y escuchabas el «Carrusel» de la SER. Yo me encerraba en la cocina de casa, con mi planilla, que me la hacía con escuadra y cartabón. Me escuchaba todo, lo que es todo, y la rellenaba entera. Y si el Madrid ganaba lo hacía con pasión. Aunque las pocas veces que el Madrid perdía lo hacía hundido. Pero lo hacía. Guardaba todas mis planillas. Mis padres me veían encerrado durante siete horas, desde las tres de la tarde que empezaba el «Carrusel» hasta las diez de la noche que acababa. Me decían: «¿Tomásito, pero no te aburres?» «No, no, si estoy encantado», les

contestaba. Era el tío más feliz del mundo. Poniendo todas mis novedades, mis puntuaciones... No conocía mayor felicidad. No entendía cómo se podía estar haciendo algo mejor que eso. Era todo radiado. Fútbol radiado que, claro, no se veía, no es como ahora. Recuerdo una tarde que fue el mejor «Carrusel» que me viene a la memoria. Un Sporting de Gijón-Real Madrid, cuando Quini, que era dios, tiró dos penaltis y los dos los detuvo García Remón. Ganó el Madrid 0-2 en el Molinón. Que parara uno era la leche, pero que parara los dos... ¿Cómo se le pueden parar dos penaltis a Quini? Yo me imaginaba cómo habían sido las paradas. Una volando al palo derecho, otra al palo izquierdo. En realidad era todo como una ficción. Ese chaval se refugió en el fútbol gracias al Madrid.

Hubo muchos partidos, sobre todo los gordos, que, como mi padre no me podía conseguir entradas para todos los fines de semana, me acostumbré a escucharlos por la radio. Y mi pasión madridista vino por Héctor del Mar. Lo de los motes que ponía me fascinaba: *Cámara lenta* Del Bosque, *Spiderman* García Hernández, el *Puma* Santillana, el *Gato* Miguel Ángel... *Hacha Brava* Benito. Claro, al no ver la imagen como ahora, te imaginabas a Benito, como luego era la realidad, que había levantado a un tío dos metros por los aires. Decías: «Este Benito es un gladiador.» Por eso he querido siempre tanto la radio. Hubo una época en que la radio era nuestros ojos del fútbol. Ahí pillé la primera remontada. Yo daba botes en mi cuarto, que realmente, como mi casa no era demasiado grande, era a la vez el comedor. Entonces me encerraba para jugar con mis cosas, y recuerdo la remontada del Derby County, contra el que el Madrid había perdido en campo inglés por 4-1. Ése es el primer re-

cuerdo de euforia que tengo viendo un partido del Madrid. Porque el año anterior estuvo la final de Copa, que fue la revancha del 0-5 que nos había metido el Barça en el Bernabéu, con un 4 a 0 que les metimos en el Calderón. [El 29 de junio de 1974 el Real Madrid se impone en la final de la Copa del Generalísimo al Barcelona en el estadio Vicente Calderón por un contundente 4 a 0. Los blaugranas habían vencido en la Liga a los merengues por un claro 0-5, con una exhibición de Johan Cruyff. La venganza se había completado. Luis Molowny, entrenador por entonces que había sustituido a Miguel Muñoz, decidió dar entrada en el campo, en el minuto 86, a Zoco por Grosso. Zoco, el capitán, había sido objeto de duras críticas tras el 0-5. Molowny le hizo entrar en el terreno de juego para que, como capitán, recogiera el trofeo y, ya de paso, subiera la moral herida.] Pero ahí curiosamente, lo recuerdo todo más difuso. Claro, yo tenía 9 añitos. Lo que sí que recuerdo es el cambio de Grosso, que entonces era figura consagrada del Madrid y capitán. Se va Grosso para que salga Zoco, que había sido uno de los grandes damnificados del 0-5 —e incluso le había pedido a Bernabéu que le echara, porque se avergonzaba, porque se veía como un jugador acabado, un gesto que dignifica a Zoco, porque ahora no lo haría nadie, y Bernabéu le dijo: «Tú aguanta hasta final de temporada»—. Entonces, como iban 4-0, le permiten que salga los últimos minutos y recoge la copa de campeón, que se la da Franco. Mi recuerdo está más en el gesto humano de lo que era ese Madrid grande, más que en el propio partido. Sin embargo, la primera euforia fue con el Derby County. Ahí es la primera vez que descubro, con diez años, que el Madrid hace milagros. Ganar a un equipo inglés por 5-1 era impensable

en aquella época. La palabra «imposible» se te quita de la cabeza si hablas del Madrid.

Para que se vea la convicción que tengo en eso voy a contar una cosa que muchos escucharían en su momento: estaba en el «Carrusel Deportivo» de la SER con Alfredo Relaño y el Real Madrid ya perdía en el Camp Nou por 2-0, en el partido de vuelta de la Copa del Rey de 2011. Entonces, José Antonio Ponseti y Manu Carreño me dicen: «Bueno, Roncero, ya asumes (aunque haya sido injusto y con el tiempo que queda) que el Madrid ya no tiene nada que hacer...» Yo le dije: «¿Cómo? Creo que en veinticinco minutos hay tiempo de sobra para que el Madrid meta tres goles. La cuestión es meter el primero.» Y qué casualidad: a los cinco minutos marca Cristiano, imperial, y luego Benzema. Y luego pasó lo que pasó que perfectamente podía haber caído otro. Eso es lo que hace que la gente que es del Madrid jamás se pregunte en un espacio publicitario por qué es del Madrid. [Roncero hace referencia al famoso anuncio televisivo del Atlético de Madrid en el que un niño, sentado en el asiento de atrás de un coche, le pregunta a su padre, que le mira desconcertado por el retrovisor: «Papá... ¿Por qué somos del Atleti?】 Ése es un anuncio utópico para el Madrid. Ningún niño se pregunta por qué es del Madrid.

Aquel partido de Copa demostró que en un partido de igual a igual y con el balón en los pies el Madrid no sólo está vivo sino que puede ganarle al Barça. Eso es clave porque la gente ya pensaba que el Barça era el gusto, la calidad, estética, e incluso ética. Y que para el Madrid quedaba la ponzoña, la bronca... Y ese día quedó claro que no. El Madrid le puede ganar al Barça de tú a tú y jugando bien al fútbol.